

Lo veía á sus pies vencido, subyugado por el imperio de su gloria.

— ¡Oh, qué triunfo!

Este sueño de su soberbia, ¿iría á convertirse en realidad?..

Ahora lo veremos.

CAPÍTULO IV

UN BAILE

Si el embajador de la Gran Bretaña se había propuesto dar á la buena sociedad de Madrid una fiesta espléndida, justo es decir que la buena sociedad, por su parte, se había propuesto hacerla más fastuosa con su presencia y con su lujo.

Y el caso es que los políticos más sagaces miraban de reojo este suceso, que les parecía inmotivado, que no tenía causa aparente ni pretexto admisible; y como los ingleses todo lo hacen con su cuenta y razón, se empeñaban en que había de ocultarse en ello algún manejo diplomático de la astuta Inglaterra. Creían, por lo menos, que se proponía disputar á Francia la influencia decisiva en nuestros negocios, atrayendo á los salones de la embajada, por medio de suntuosas fiestas, á la flor y la nata de la sociedad madrileña; y de aquí los temores de unos, las esperanzas de otros y la agitación de todos.

Bien podía ser una mera excentricidad del honorable *Sir*, ó una intriga casera de la espiritual embajadora; pero admítase tan racional hipótesis, y ¡adiós perspicacia de los hombres de Estado!.. No debe perderse de vista que el *Times*, que imprime y publica cuanto se le paga, había anunciado la fiesta pomposamente; y no se extrañará que los estadistas de corrillo y los políticos de café temieran ó esperaran un cambio de ministerio ó un nuevo rumbo

en la marcha del gobierno; de modo que estaban fijos en el baile de la embajada inglesa hasta los ojos de las gentes que pasan su vida en las plazuelas.

A mayor abundamiento, corría el rumor de que el secretario de la embajada española en Londres, que acababa de llegar á Madrid, traía para el gobierno pliegos importantes, cuyo secreto hubiera sido imprudente confiar al correo ó al telégrafo, y acerca del que hervían las suposiciones, aunque los mejor enterados se hacían lenguas del caso y hablaban misteriosamente, dejando traslucir que se trataba de una vasta conspiración urdida en España contra el gobierno, y descubierta en Londres por la política inglesa.

Asegurábase entre tanto que, teniendo el gobierno en su mano los hilos de la trama, parecía indeciso en la resolución que debía adoptarse. Discutíase en repetidos consejos de ministros si se había de salir al paso del trastorno para reprimirlo, ó si, por el contrario, el gobierno había de colocarse á la cabeza del motín para evitar desórdenes. Esto es, vacilaba entre mantener el orden público ó *liberalizarse*. No sabía qué hacer: si castigar á los conspiradores ó adularlos.

En medio de todo, el joven secretario, marqués por más señas, y rubio por añadidura, era un personaje muy á propósito para dar pábulo á toda clase de rumores. Padecía una verdadera monomanía, ó más bien, una verdadera anglomanía. El mundo para él era Inglaterra: fuera de Inglaterra no había nada en el mundo.

Afectaba todas las maneras de un lord: hablaba en castellano con acento marcadamente inglés; la seriedad de su rostro ovalado y pálido aparecía encerrada entre dos patillas perfectamente británicas, del mismo modo que se encierra una *O* entre dos admiraciones. De seguro habría resuelto suicidarse de puro *spleen* en el momento en que

la fortuna le pusiese en la mano veinte mil libras esterlinas de renta; pero entre tanto tenía la excentricidad de ir viviendo con el mezquino sueldo de su importante empleo.

Este personaje internacional se veía asediado por los curiosos, pretendido por las más altas influencias y adulado por todos, lo mismo hombres que mujeres, pues poseía, al parecer, un secreto de Estado, y ya se sabe el interés que inspira la persona dentro de la que hay algo que queremos averiguar. ¡Ya se ve!., él, por su parte, se daba todo el aire de un profundo diplomático... encerrándose en una reserva sospechosa, eludiendo las preguntas con dudosas exclamaciones pronunciadas en inglés... y dejando caer frases huecas, que se recogían con avidez, llenándolas cada uno con lo que mejor le parecía.

Era, por la tanto, el hombre de moda en los salones de la embajada inglesa. Y no es inverosímil que tan brillante y despierta concurrencia se equivocara acerca de la importancia del joven secretario, porque él mismo, allá en sus adentros, se creyó muchas veces un Pitt, y el mismo embajador llegó á sospechar si, en efecto, el joven diplomático sería un grande hombre y estaría encargado de alguna misión secreta, de que el embajador y ministro plenipotenciario del gabinete de San James no tenía noticia ninguna.

El marqués se hallaba en el apogeo de su gloria y recibía los homenajes de que era objeto, con la petulancia propia del hombre que no está acostumbrado á ellos.

Mas para la inconstancia inseparable de toda popularidad, se vió repentinamente abandonado de la opinión pública; los semblantes que lo circuían, suspensos de sus monosílabos, le volvieron la espalda para mirar á otra parte, movidos por un murmullo general que venía propagándose de salón en salón; llegó á encontrarse ente-

ramente solo, y hubo un momento en que nadie le hizo caso.

¿Quién eclipsaba de aquel modo la gloria de su celebridad verdaderamente inglesa?.. ¡Parece mentira! La eclipsaba la gloria de una celebridad verdaderamente española. ¿Quién se atrevía á competir con el grande hombre?.. Esto es más creíble: una hermosa mujer.

Margarita acababa de entrar en los salones como ella misma se había soñado: *resplandeciente de hermosura, radiante de fausto, vencedora é invencible*. Había en su mirada rayos de una claridad deslumbradora, y ofrecía su sonrisa tal dulzura, que era imposible sentirla y no saborearla. Su faz graciosa aparecía iluminada por dos tonos de luz distintos, como suele verse el cielo de los países meridionales en días de tormenta, pues llevaba en sus ojos los relámpagos de la tempestad y en sus labios el arco iris. Semejante al enviado de Roma ante los senadores de Cartago, proponía del mismo modo la paz ó la guerra.

Nuestro inglés al verla no pudo evitar una exclamación involuntaria, y se quedó contemplándola con la boca abierta y los ojos pasmados. Mas no tardó en advertir que había incurrido en una falta grave, admirando á una mujer, sin duda alguna admirable, pero que al fin y al cabo no era *lady* ni *miss* siquiera. Por otra parte, le ocurrió la siguiente duda: ¿Le sería permitido admirarla sin haber sido previamente presentado?

Entre tanto, Margarita cruzaba los salones, dejando en pos de sí la alfombra de flores que la más fina galantería echaba á sus pies. Realmente se hallaba en el esplendor de su brillo, y la movible multitud se agolpaba ansiosa á su alrededor por verla, por saludarla, por sonreirla. Un observador curioso habría advertido en ella dos pormenores insignificantes, á saber: cierta inquietud interior que no la dejaba quieta en ninguna parte, y una ligera sombra de



Margarita acababa de entrar en los salones como ella misma se había soñado

mordacidad en sus palabras.

Al pasar de un salón á otro, asida al brazo de la baronesa de C..., que orgullosamente la acompañaba en su triunfo, se encontró manos á

boca con un joven que iba á entrar al mismo tiempo que ella salía: él retrocedió un paso, se inclinó con exquisita cortesía y la dejó pasar. Era un hombre, al parecer, de treinta años, de semblante noble y varonil, de expresión enérgica y dulce, de mirada franca y sonrisa fina. Margarita lo había visto ya muchas veces entre la concurrencia que llenaba los salones, pero nunca lo había tenido tan cerca. Era el único que entre tantos admiradores se mostraba indiferente á los encantos de su resplandeciente belleza; era el único que no había ido á rendir la mirada atónita ante el imperio de su triunfante hermosura, y, hay que decirlo, semejante excepción la mortificaba mucho, puedo decir que le llegaba al alma.

Margarita pasó por delante de él con la frente erguida,

y el rayo de sus ojos fué á quebrarse en la mirada tranquila é indiferente del joven.

Los celos son armas terribles que las mujeres despechadas saben esgrimir con funesta destreza, y no hay una que, humillada en su amor ó en su vanidad, no intente herir con ese puñal envenenado.

Hasta entonces la señorita de Miramar no había hecho preferencia alguna: sus favores, equitativamente repartidos entre todos, á todos los dejaba iguales, y todos quedaban contentos, porque, en rigor, no podía decir ninguno: «Yo soy el preferido.» Mas comprendió sin duda que necesitaba elegir un rival, uno sólo, con que poder herir el rostro indiferente de aquel hombre inaccesible.

¡Uno!.. Pero ¿cuál?.. Raro capricho de la aritmética de su corazón: entre tantos no encontraba uno: hasta allí su vanidad victoriosa no había hecho más que sumar cortesanos; pero desde aquel momento su orgullo ofendido empezaba á restarlos, sin encontrar un hombre que oponer á otro hombre. No debió salirle la cuenta, pues se quedó pensativa, con ese aire particular del poeta que busca en su memoria un consonante que no está en el Diccionario.

El embajador inglés la sacó del abismo de sus pensamientos acercándose á ella y pronunciando en medio de una larga reverencia las siguientes palabras:

— Señorita, con vuestro permiso os presento á mi honorable colega, marqués de..., digno representante en Inglaterra de la diplomacia española.

¡Ah, señor! — le contestó Margarita, haciendo otra reverencia, no tan larga, pero mucho más graciosa. — Me proporcionaréis la ocasión de conocer á una persona cuya importancia diplomática llena en estos momentos vuestros salones, y os agradezco el honor que me dispensáis.

Y dirigiéndose al marqués, que se inclinaba como abrumado bajo el peso de tan lisonjera acogida, le dijo:

— No crea usted, caballero, que vamos á ser muy amigos, pues un espíritu opuesto de nacionalidad nos separa. Sé que es usted furiosamente inglés, y he aquí que yo soy desafortadamente española.

— ¡Oh! — exclamó el joven diplomático. — Sería una temeridad desastrosa romper las hostilidades con tan bella potencia. Seguramente me abandonarían en la lucha todos los gabinetes de Europa, y acabaría por desaparecer del mapa. Antes, por el contrario, limito mis pretensiones á una adhesión sincera, y si usted desea conquistarme, desde ahora depongo las armas y me declaro sometido.. Este es mi *ultimatum*.

Margarita replicó:

— No permita Dios que yo viole de ese modo el derecho de gentes: las cancillerías del mundo civilizado lanzarían contra mí terribles notas, y sería á los ojos de la diplomacia europea una usurpación escandalosa arrebatarse á la noble Inglaterra la admiración de un hombre tan distinguido. Yo espero que no me ponga usted en la terrible contingencia de un *casus belli*.

No he podido averiguar si el secretario tomó estas palabras al pie de la letra ó les dió un sentido irónico que acaso no tuvieran; ello es que replicó diciendo:

— No obstante, todavía puede haber un recurso político, un término medio que igualmente nos aleje de la sumisión y de la guerra.

— Veamos.

— Quiero decir — añadió el marqués — que debemos tratar de potencia á potencia.

— Sea — contestó la señorita de Miramar.

— En ese caso — dijo el diplomático, — propongo una alianza.

— Eso es otra cosa — contestó Margarita. — Una alianza es un buen recurso. Confieso que pensaba en lo mismo.

Mi diplomacia es leal, y declaro que la alianza me conviene. Aliémonos.

La baronesa intervino preguntando:

— ¿Tratado secreto?

— No — replicó su amiga; — es una simple alianza. Ya ves, en la casa del embajador de la Gran Bretaña es preciso que triunfe la diplomacia. Sin embargo — añadió riendo á carcajadas, — todavía no hemos establecido los preliminares. Va á ser un protocolo muy curioso.

Al hablar de esta manera, apoyó suavemente su brazo sobre el brazo del marqués, y abriéndose paso entre los circunstantes que la rodeaban, le dijo:

— Caballero..., queda abierta la conferencia.

La baronesa hizo un gesto de admiración entusiasta, y volviéndose hacia los amigos que formaban la escolta de honor de Margarita, exclamó:

— Señores..., ¡qué *sprit!*, ¡qué *sprit!*!

Media hora después la señorita de Miramar, apoyada en el brazo de su aliado, entraba en el *buffet*.

No le faltaba á la súbita celebridad del diplomático más que la preferencia de Margarita para llegar al apogeo de su gloria, á ese punto crítico de la fama en que la admiración acaba, y empieza la envidia. Semejante preferencia no dejaba de ser cruel, porque si hasta entonces el dichoso secretario había sido un ser envidiable, desde aquel momento iba á empezar á ser envidiado.

Solo un hombre había allí que permanecía indiferente á tan codiciado triunfo.

Este hombre, sobre quien la señorita de Miramar quería ejercer á todo trance el influjo de sus triunfantes seducciones, y contra el que había elegido al afortunado marqués como un arma de combate, los había visto pasar una vez y otra por delante de sus ojos como quien ve la cosa más natural del mundo; apenas la risueña y animada pareja ha-

bía obtenido una de esas miradas frías, indiferentes, pasajeras que nos dignamos dirigir á los objetos que no nos inspiran ni interés ni curiosidad. Sin embargo, allá en el fondo de su alma, sólo Dios sabe lo que pasaría, porque sólo Dios sabe leer en el fondo oculto del pensamiento humano.

Una de estas veces los siguió con tristes ojos, y si nos es permitido traducir la seria expresión de su rostro, diremos que los miraba con lástima, con desdén compasivo. Mas sintió inesperadamente sobre el hombro el peso de una mano amiga, y volviendo la cabeza, exclamó con afable sonrisa:

— ¡Hola..., Montero!..

Montero tenía cuarenta años, largos bigotes, aspecto marcial y aire decidido. Jugador furioso y dualista impertérito, su duro y su espada siempre dispuestos para un albur y para un lance. No contaba ciertamente con la fortuna del más ínfimo banquero, pero contaba con la fortuna de un buen tirador...; pedía y daba dinero con la misma franqueza, con el mismo desenfado y con la misma naturalidad con que daba y pedía satisfacciones. Como acreedor, no reclamaba nunca sus deudas; como deudor, jamás las pagaba: dejaba generosamente lo que le debían por lo que él debiera, y vivía como los grandes hombres, de su fama, ó más bien, como las grandes naciones, de su crédito.

Enemigo constante de todo gobierno, era, por lo tanto, un conspirador permanente; había tomado su inquietud por opinión, y no encontraba la felicidad de su patria, porque no encontraba la suya. Tenía parte en todas las rebeliones; la tenía y la tomaba, unas veces por unos, otras por otros. Su vida pública era una serie de sublevaciones, y su vida privada una conspiración continua. Sin embargo de tantos sacrificios, hechos, por supuesto, en aras de la

patria, no había podido pasar de coronel, porque la fortuna suele algunas veces olvidarse del mérito más reconocido y de las más brillantes cualidades. Sin duda alguna era una cruel injusticia de la suerte. Este militar tantas veces exonerado era capaz de matar á medio mundo en nombre del honor.

— Sí — dijo, — hace algunos días que nos conocemos y ya nos tuteamos como si fuéramos hermanos... Ya se ve, te debo la vida, lo cual no es deberte gran cosa; pero, sea como quiera, es el caso que si no eres tan listo, aquellos malditos caballos me hacen harina. Hubiera sido una muerte ignominiosa, y echas por donde quieras, tú me salvaste de ella... ¿Te ríes? Pues mira, no he tenido jamás la mala costumbre de pagar mis deudas; pero esta es una deuda sagrada que he jurado pagarte. Te debo la vida, y desde ese día soy tu amigo de corazón. Te he visto aquí hecho una estatua con la boca abierta como un niño á quien se le escapa el pájaro que tiene entre las manos, y he venido á repetirte que soy tu amigo.

El joven á quien el coronel Montero hablaba de este modo, manifestó, encogiéndose de hombros, que no lo entendía.

— Vamos — continuó, — puesto que no quieres entenderme, me explicaré más claramente. Ese inglesito que triunfalmente lleva del brazo á la señorita de Miramar te revienta.

Su interlocutor fué á interrumpirle; pero le puso la mano en la boca y añadió:

— A ti te revienta y á mí también, y es natural que á los dos nos reviente. Es un danzante que ha hecho su carrera sirviendo á todos los gobiernos... Conozco muy bien su historia. Primero fué agente de policía secreta; después fué amante de..., ya sabes de quién hablo..., de la duquesa, que lo jubiló metiéndolo en la carrera diplomática, y ahí lo tienes de primer secretario en Londres.

— Tu lengua — advirtió el joven — es tan temible como tu espada. ¿Qué daño te ha hecho ese hombre para que lo mires con malos ojos?..

— Sé positivamente — contestó Montero — que trae de Inglaterra la lista de todos los que conspiramos en España... Ya ves, es un delator infame...

— Lo he oído decir, pero semejante especie me parece absurda... Yo te pregunto formalmente: ¿es posible eso?

— ¡Y tan posible! Como que el núcleo de la conspiración está en Londres..., y si nos han vendido...

— Verdaderamente — le replicó su amigo — vuestro destino es bien triste... Si conspiráis es porque os compran; si os descubren es porque os venden. Yo quisiera saber si es más honroso ser conspirador que negro de Guinea.

— Tú no eres hombre político — dijo el coronel — y no entiendes de estas cosas.

Durante el curso de esta conversación se habían ido acercando los dos amigos á la puerta de un gabinete, pequeño museo en donde el embajador por lujo y por gusto había reunido en cuadros y en estatuas, en copias y en originales, preciosas obras de arte.

Montero fué detenido en la puerta por un corro de personas conocidas, en el que al parecer se hablaba y en realidad se mordía. Su amigo entró en el gabinete y se sentó en el extremo de un diván, entregándose á la contemplación de los bellos objetos que se ofrecían á su vista. Muy pocas personas se veían en este aposento, porque el foco de la concurrencia se hallaba en el salón de baile, circunstancia que hacía allí más cómoda la estancia del joven, que si no era artista, mostraba por lo menos afición al arte.

La historia del hombre se presentaba á sus ojos bajo la forma de dos mujeres. Admiraba en un ángulo del gabinete la estatua mutilada de la Venus de Médicis, al mis-